

«PONER EL TÁMESIS EN LLAMAS»: CLAVES INTERPRETATIVAS DE LA GRAN ARMADA COMO FUERZA ANFIBIA

Pablo DE LA FUENTE
Historiador

To set the Thames on fire es una expresión inglesa muy ilustrativa si se tiene presente cuál era el objetivo anfibio de la Gran Armada y, por lo tanto, no he podido ahorrármela en el momento de titular este trabajo. Significa hacer algo grande o extraordinario, lo cual da contenido a la esencia de lo que fue la empresa de Inglaterra, para la cual Felipe II aprestó una imponente flota de guerra que no en vano fue llamada la Gran Armada. Si se juega con la traducción literal se puede llegar a una sugerente hipérbole, ya que precisamente dicho río iba a ser el área en que la abrumadora fuerza bajo el mando de Medina Sidonia debía volcar su potencial anfibio: el Támesis iba a arder.

Este trabajo moriría en su ambición si se propusiera retomar todas las opciones navales y militares que tanto Felipe II como sus más cercanos asesores barajaron durante dos décadas de conflicto con Inglaterra. Por ello centraré el principal objetivo en desentrañar cómo se originó y perfiló el plan de asalto anfibio, en el que la fuerza al mando de Medina Sidonia tenía un esencial protagonismo que, según mi opinión, no se ha acabado de entender ni de ponderarse en su justa medida.

Otro aspecto que pienso analizar es el poso cultural que tuvo la gestación de la empresa, destacando el papel del saber histórico como elemento que contribuyó a madurar el plan de campaña.

El renacimiento de Julio César

Dos décadas cabe remontarse para bosquejar cómo se fraguó la selección del área para el asalto anfibio. Una aplastante suma indiciaria lleva a concluir que fue el duque de Alba el padre del plan de invasión. Si se analiza la relación epistolar de Alba con Felipe II y sus asesores más inmediatos entre finales de los años sesenta y principios de los setenta, se infiere que los aspectos relativos a los detalles relacionados con la concepción del plan de operaciones es algo que parece que se da por entendido. Aun así, cabe plantearse cuáles son los detalles que parecen definir dicha situación.

Aunque Alba, en ese momento gobernador de los Países Bajos, fue un decidido detractor de la Empresa de Inglaterra, cuando su rey se lo ordena no

por ello dejará de obedecerle y comenzar a perfilar el plan de operaciones (1). Dentro de este aspecto cabe valorar dos cuestiones que se relacionan íntimamente en el planteamiento del problema: el pensamiento militar de Alba y su relación con el Rey Prudente.

Querer entender los primeros planes de invasión de Inglaterra es a la vez intentar comprender el bagaje intelectual de un excelente soldado. Durante el Renacimiento, la Historia, en particular la clásica es contemplada básicamente como una fuente ejemplar de enseñanza moral (2). Por lo que atañe a la historia militar y a la validez de su discurso, este puente humanista hacia el mundo grecorromano se aprecia claramente si se toma en consideración un aspecto tan determinante como las nuevas aportaciones en el arte de la guerra (3). Se puede afirmar que Alba era una especie de historiador militarizado que disfrutaba en sus ratos libres con discusiones de este tipo con sus oficiales adjuntos. Su gusto por la historia militar clásica iba mucho más allá de los aspectos más pragmáticos que se pueden derivar de un mero conocimiento y de su explotación, cayendo en la más profunda admiración los líderes militares más importantes de la Antigüedad. Honda fue la impresión que a éste le causó la proclamación de su señor Carlos V como el nuevo Escipión *el Africano* tras la conquista de Túnez, en 1535 (4). Sin embargo, si alguna figura histórica compensaba la admiración de Alba ésta es, sin lugar a dudas, la de Julio César. Parece ser que su veneración llegó hasta tal punto que, durante sus campañas en los Países Bajos, el hecho de que asentara su cuartel general en Keiserlagen, la antigua *Castrum Caesaris*, fue en buena parte debido a que su admirado César había hecho lo propio durante su campaña contra los belgas. A partir de ahí, la analogía con los rebeldes holandeses y zelandeses está servida. Sin embargo, Alba no sólo tomó en cuenta los aspectos más épicos, ya que también consideró como una seria referencia las experiencias bélicas. Cuando, en una de las fases más críticas de sus campañas en los Países Bajos su enemigo Orange vadeó el Maas, emergió el referente a los problemas durante la Guerra Civil del ejército cesariano frente a Ilerda y las complejidades del frente del río Segre (5).

La fascinación de Alba por César fue uno de los factores que condicionaron el plan de invasión. Parece obvio que dicho plan debía sustentarse en la campaña de César contra los britanos descrita en su obra *La guerra de las Galias* (6). La obvia aplicación de la lección cesariana era el paso del ejército de Flandes y su desembarco en la costa de Kent. La pervivencia de la idea y

(1) MALTBY, William S.: *El Gran Duque de Alba. Un siglo de España y Europa*. Turner, capítulo 9. Madrid, 1985.

(2) FONTANA, Josep: *Historia: análisis del pasado y proyecto social*. Crítica, Barcelona, 1982, pp. 41 y 43.

(3) PARKER, Geoffrey: *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*. Crítica, Barcelona, 1990, pp. 23 y ss.

(4) MALTBY: *op. cit.*, p. 52.

(5) *Ibidem*, capítulo 8.

(6) *Caesaris Commentarii de Bello Gallico*, libro IV, capítulos XX-XXV; y libro V, capítulos I y VIII-XXIII.

su asociación historiográfica se hace palpable incluso años más tarde, cuando Bernardino de Escalante no sólo señale en sus informes la costa de Kent como una de las opciones de desembarco, aunque no se mostrará muy favorable a ella, sino que además entre en la asociación al describir el objetivo: «Éste se llama el puerto Dobra está en la parte de Flandes con el gran castillo y fuerte que hizo Julio César» (7) La historicidad del pensamiento de Alba con respecto al plan militar no hay que justificarlo ante una pobreza de recursos, ya que éste era un líder experimentado en la guerra anfibia: Túnez, Provenza o Argel fueron lecciones que le mostraron los entresijos de este tipo de operaciones (8).

En una de las biografías más celebradas del reciente aluvión historiográfico alrededor de la efemérides de la muerte del Rey Prudente se ha venido a incidir en significar la figura del monarca lejana a lo que se podría definir como un intelectual. Si bien dicho debate nos podría hacer entrar en farragosas cuestiones de definición, el hecho mismo que Felipe II fuera el detentador de la biblioteca más numerosa de Europa es un elemento que viene a poner en cuestión dicha afirmación. Si bien en el criterio de Alba ya se ha demostrado la influencia del saber histórico en la planificación militar, la gestación de la Empresa es un proyecto que se entrelaza con la intervención personal del monarca. Sobre la visión historicista como punto de enfoque del plan de invasión, otras fuentes vienen a insistir en aspectos similares. Siendo aún rey de Inglaterra, Felipe pudo adquirir un notable conocimiento de la historia militar inglesa, ya que en 1557 un grupo de consejeros militares ingleses le regaló una historia de Inglaterra desde la invasión, precisamente, romana (9). Otro aspecto a analizar es plantearse de qué manera Alba madura la idea y hace de ésta partícipe a su soberano, más cuando en el momento que Felipe II le plantea la invasión, el plan no aparece nada detallado en la documentación del momento (10). Cabe creer firmemente que la idea general del plan ya estaba sólidamente perfilada, tanto en lo relativo a la idea de Alba como por encima de todo al conocimiento que de la misma pudiera tener Felipe II. Hay que considerar que existió una perfecta ocasión para ello cuando Alba y Felipe II viajaron a Inglaterra en 1554. Visto el carácter del duque y su veneración por César, así como el gusto del monarca por la geografía y la historia, cabe imaginar como a lo largo de su navegación a través del canal de la Mancha y el río Támesis Alba adquirió un detallado conocimiento del que, con toda probabilidad, hizo partícipe en alguna medida a su señor.

(7) Biblioteca Nacional, manuscrito 5785, folio 168. «Dobra» es identificable con Dover.

(8) MALTBY: *op. cit.*, pp. 54 y 67.

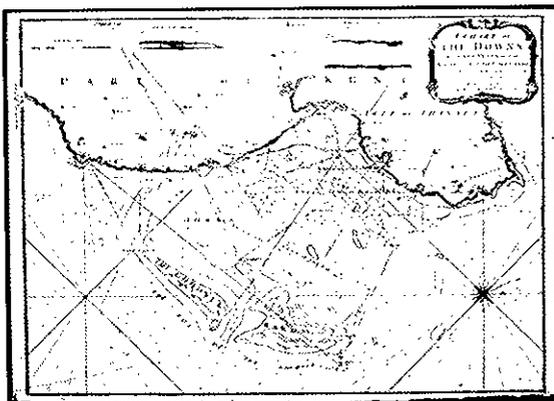
(9) RODRÍGUEZ-SALGADO, María José: *Un imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo, 1551-1559*. Crítica. Barcelona, 1992, p. 297. Actualmente trabajo sobre la hipótesis de que la obra aludida probablemente sea la *Anglicae historiae*, de Virgilio Polidoro, publicada en Basilea en 1534.

(10) CALVAR GROSS, Jorge, ET ALII: *La Batalla del Mar Océano. Corpus Documental de las hostilidades entre España en Inglaterra (1568-1604)*, Madrid, Instituto de Historia y Cultura Naval, 1988, volumen I, documentos 21, 22 y 23. Vide también RODRÍGUEZ-SALGADO, María José, ET ALII: *Armada, 1588-1988*, Londres, Penguin Books, p. 13.

Andando el tiempo, los planes de Alba serán paulatinamente alterados. Pese a ello, algunas de las alternativas parecen seriamente influidas por la idea cesariana. Así, la idea del desembarco en Harwich (Essex) en 1571 parece una readaptación del plana fin de acomodarlo al imperativo de dar apoyo a la revuelta católica encabezada por el duque de Norfolk (11). La autoría por defecto del proyecto de desembarco en Kent por parte de Alba queda ilustrada por las propuestas de uno de los principales patrocinadores de la Jornada de Inglaterra, el embajador Guerau de Spes, ya que pese a sus diversas propuestas en Inglaterra e Irlanda, en ninguna alude a Kent como área de desembarco (12).

Pese a estos matices, cabe considerar la existencia de dos circunstancias primordiales que serán claves en dicho proceso. La primera de ellas, aunque de difícil valoración, será la muerte de Alba en 1582. Aunque el rey perderá a su principal planificador, también se debe significar la pervivencia del criterio anfibia de la operación en lo relativo a las áreas de desembarco. Otro aspecto, mucho más decisivo en lo que se refiere a la configuración de la base de partida, se perfila en el progresivo incremento del poderío de la monarquía hispánica en el Atlántico Norte (13). Las campañas navales relacionadas con la anexión de Portugal, en especial la toma de la Tercera, consolidan la capacidad anfibia de la fuerza naval española. Lisboa se convertía en plataforma de la Empresa de Inglaterra.

Aun así, se debe significar que los trabajos preparatorios del marqués de Santa Cruz desde 1583 son una importante alteración de la base de partida de la fuerza, pero tampoco alteran la idea sobre el objetivo de la invasión terrestre (14). Es más, éste se aplica en el estudio de medios navales, incluso llegando a establecer también las tropas necesarias, pero en modo alguno entra a discutir sobre las áreas de desembarco. Significativo sobre la cuestión



Carta de la zona de los Downs, donde la Gran Armada debía desembarcar. Se pueden apreciar los peligrosos bancos de arena de Goodwin Sands. (Grace Galleries, Old Maps of Great Britain, núm. 115.)

(11) PARKER, Geoffrey: *La gran estrategia de Felipe II*. Alianza Editoria. Madrid, 1998. p. 274.

(12) Archivo Histórico Nacional. Órdenes Militares, l. 3512, exp. 29. Sobre las intrigas del embajador Spes, vide PARKER: *La gran estrategia...*, véase: *op. cit.*, pp. 264 y ss.

(13) PI CORRALES, Magdalena de Pazzi: *El declive de la marina filipina (1570-1590)*. Universidad Complutense. Madrid, 1987, pp. 596-669.

(14) FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *La Armada Invencible*. Sucesores de Ribadencyra. Madrid, 1884, documento 7.

es que ese mismo año una interesantísima comunicación cifrada recoja el análisis de un surgidero «a cinco millas de Dovre [*sic*] tirando la vía del Norte... junto a unos castillos que llaman de Dunas [*sic*], entre dicho Dovre y Zanduych [*sic*], que es una rada muy honda y capaz de qualquier [*sic*] armada, donde se puede surgir muy cerca de tierra estando muy seguro de la mar y de la gente de aquel Reyno [*sic*] que pretendiesen darle trabajo» (15). Un detalle que concuerda con la lógica del discurso expuesto es que una clarificadora nota hológrafa del rey en que se manifiesta que «deste avía noticia acá [*sic*]», lo que confirmaría que con antelación dicha posible área de desembarco había sido estudiada. La zona no ofrece dudas, The Downs, entre Dover y Sandwich. Incluso el sector de desembarco se puede concretar gracias a la referencia a los castillos que nos aproxima al área de Deal, flanqueada por su castillo y los Walmer y Sandown (16). Incluso el detalladísimo derrotero de Medina Sidonia marca una serie de importantes especificidades sobre «las Dunas, y si quisieres surgir en ellas, surgirás en frente de los fuertes que ay en las 8 ó 9 braças, y no vayas a un fondo de 9 braças, porque irás a la Gudina [*sic*]», en clara referencias a los peligrosos bancos de Goodwin Sands (17).¹

Obviamente, la alternativa de Santa Cruz hacía que el rey se planteara dudas con respecto al objetivo original del desembarco, dudas que hace saber a Alejandro Farnesio en septiembre de 1583, cuando le consulta «si yendo a surgir a las Dunas podrían echar la gente en tierra con brevedad en baxeles chicos y si estos han de yr de acá o si los avrá por allá en Dunquerque, Newport y Gravelingas, que se presupone que si, y en caso de ser invierno les cargase algún temporal se podrían meter y abrigar seguramente por estas costas o las de Inglaterra, que serán más a propósito» (18). Si hasta ese momento los matices culturales y contextuales sobre la génesis de la invasión de Inglaterra nos aproximaban al duque de Alba, el criterio expuesto por Alejandro Farnesio a petición del propio Felipe II remacha la cuestión al proponer como objetivo de la Gran Armada el puerto galés de Milford Haven y desmarcarse del proyecto de desembarco en Kent (19).

«Id y abrasad el mundo»

Tal y como ilustra el inicio del soneto que Lope de Vega dedicó a la Jornada de Inglaterra, en la cual participó como soldado, grandes cosas se espera-

(15) CALVAR GROSS ET ALII: documento 342. Por desgracia, el documento es anónimo. Véase el fascinante original en el Archivo General de Simancas, estado, leg. 586, f. 46.

(16) Sobre dichas fortificaciones y el precedente cesariano *vide* COPPA, Alessandra: «La Descriptione de porti et fortezze del regno d'Inghilterra fatta dal sig.re Filippo Pigafetta gentilhuomo vicentino l'anno 1588 al di' VI di luglio», 219-231, *Architetti e ingegneri militari italiani all'estero dal XV al XVIII secolo. Volume secondo dall'Atlantico al Baltico*, Sillabe, Livorno, 1999, páginas 221-223 y 226 nota 18.

(17) *Apud* PI CORRALES: *opere citato*, página 1109.

(18) CALVAR GROSS ET ALII: documento 335.

(19) *Ibidem*, documento 351.

ban de la Empresa. Hoy en día existe la línea predominante de análisis historiográfico apunta hacia el carácter irrealizable del plan operativo como clave del fracaso. Este criterio, según mi modesta opinión, es francamente cuestionable. La concepción de la Empresa de Inglaterra como operación naval y militar debe ser reinterpretada, y ha de serlo a partir de dos cuestiones íntimamente entrelazadas: el carácter de la Gran Armada como grupo de asalto anfibio y el papel del Ejército de Flandes como segunda y sucesivas oleadas de invasión (20). Hoy en día se parte de la idea equivocada de que la primera oleada de invasión debía ser liderada por Alejandro Farnesio, duque de Parma, al mando de las tropas del Ejército de Flandes destinadas para tal fin, lo cual no es correcto.

Uno de los factores que han nublado el conocimiento han sido los repetidos errores de Medina Sidonia motivados por la incompetencia de su jefe de operaciones, Diego Flores de Valdés. Aunque esta cuestión no es uno de los elementos a analizar exhaustivamente en el presente trabajo, sí cabe entrar en algunos de los aspectos del plan cuya mala interpretación en parte puede ser achacada a la equívoca actuación del mando supremo de la Gran Armada. Por ejemplo, no ofrece dudas que el refugiar la armada en Calais no sólo fue una desacertada decisión sino también una clara desobediencia a las explícitas órdenes del rey, en las cuales se manifiesta sin excepción «huir siempre [de] la costa de Francia y Flandes, por los bajíos y bancos» (21). El criterio regio es determinante cuando a principios de agosto de 1588 se dirige a Medina Sidonia y le precisa el objetivo del desembarco: «La importancia que sería que os metiésedes y asegurasedes [sic] en el mismo río de Londres» (22). Sobre la ejecución de la operación, el almirante general Juan Martínez de Recalde tenía perfectamente asumida la naturaleza de las inequívocas órdenes: «Pasar a las Dunas y de allí asistir y dar la mano a lo que está en Dunquerque [sic] y a que pase el ejército del duque de Parma con seguridad» (23). Precisamente, la esennaturaliza esencialmente anfibia de la Gran Armada exótica el alistamiento de galeras. En este contexto, al igual que en otras experiencias atlánticas anteriores, la galera, por sus peculiaridades técnicas —tales como el escaso calado o el despliegue de su armamento principal a proa—, asume en este escenario la función de buque de asalto anfibio (24).

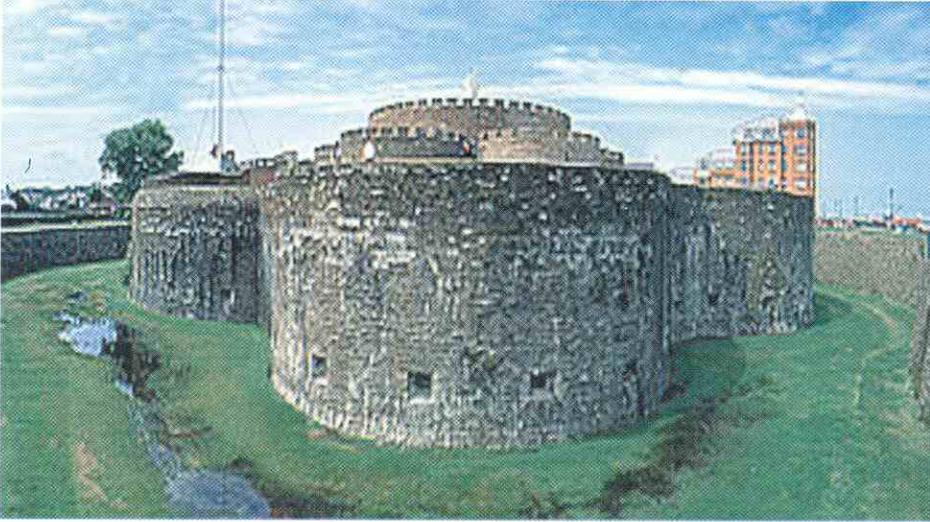
(20) La composición de ambas fuerzas ha sido monográficamente estudiada en dos magistrales trabajos. Con respecto a las tropas de la Armada, vide GRACIA RIVAS, Manuel: *Los Tercios de la Gran Armada (1587-1588)*. Madrid, Editorial Naval, 1989. Sobre el componente del Ejército de Flandes que debía constituir las sucesivas oleadas de invasión, vide O'DONNELL, Y DUQUE DE ESTRADA, Hugo José: *La fuerza de desembarco de la Gran Armada contra Inglaterra (1588). Su origen, organización y vicisitudes*. Madrid, Editorial Naval, 1990.

(21) FERNÁNDEZ DURO: *op. cit.*, doc. 94.

(22) *Ibidem*, doc. 161.

(23) *Ibidem*, doc. 140.

(24) Sobre precedentes, vide CASADO SOTO, José Luis: *Los barcos españoles del siglo XVI y la Gran Armada de 1588*. Madrid, Editorial San Martín, 1988, p. 50. Así como también CEREZO MARTÍNEZ, Ricardo: «La conquista de la isla Tercera», *Revista de Historia Naval*, núm. 3 (1983), 5-45, p. 17. Sobre la suerte de las galeras de la Gran Armada, GRACIA RIVAS, Manuel: «El motín de la Diana y otras vicisitudes de las galeras participantes en la Jornada de Inglaterra», *Revista de Historia Naval*, núm. 4 (1984), pp. 33-45, *passim*.



Castillo de Deal, en el área donde la Armada iba a desembarcar, construido en la primera mitad del siglo XVI. Aunque era posible artillarlo, técnicamente era una fortificación arcaica si se la compara con los abaluartados sistemas coetáneos.

Las ventajas estratégicas de un desembarco en la boca del Támesis son incuestionables. En primer lugar, las fuerzas navales, siguiendo el eje de esta vía navegable podían prestar apoyo logístico y cobertura artillera al avance de las fuerzas terrestres. Por otro lado, un desembarco en ese punto dificultaba de forma importante la defensa de Londres por parte del ejército inglés. Las propias palabras del monarca son ilustrativas del hecho, cuando significa que ello «obligará al enemigo a tener dos ejércitos, uno a una parte del río y otro a la otra» y a la vez «hará tener seguro el tránsito de Flandes» (25). La situación militar de las fuerzas de Isabel Tudor rozaría la desesperación, vistos una serie de imperativos que ofrecen poca discusión. La defensa de la capital londinense a partir del establecimiento de un frente defensivo en profundidad significaría dividir las fuerzas en dos, a fin de defender ambas orillas del río, situación que se agravaba dado que el nivel combativo de las tropas inglesas estaba muy por debajo del de los tercios españoles (26). La renuncia a esta opción era tan o más desaconsejable que la anteriormente planteada, ya que Londres, carecía de fortificaciones abaluartadas, era extremadamente vulnerable a un asedio en regla.

Otro aspecto interesante es que Felipe II expresa que dicha opción favorecería el paso desde Flandes. Sin duda alguna, se infiere de dicha opinión que una de las opciones de la marina inglesa fuera encerrarse en la boca del Támesis, a fin de dificultar la entrada de los barcos españoles. Si bien es cierto que dicha circunstancia podía darse, como contrapartida existía el hecho que las

(25) FERNÁNDEZ DURO: *opere citato*, documento 161.

(26) MARTIN, Colin y PARKER, Geoffrey: *La Gran Armada – 1588*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, capítulo 14.

principales unidades inglesas no podrían impedir el cruce de las tropas de Farnesio, operación ciertamente compleja. Nuevamente Recalde es una válida referencia al opinar que serán «necesarios algunos días para esto, pues habiendo de haber caballería, como se entiende no puede ser en una barcada, y plegue a Dios sea en dos», lo que ilustra lo afirmado anteriormente cuando se ha establecido que serían necesarias varias oleadas para el paso de estas tropas (27).

Realmente, del análisis de una serie de factores se puede concluir que la situación de la marina inglesa no era mucho mejor que la de las fuerzas terrestres, visto el incierto panorama que se cernía. Tanto el pronóstico de Felipe II, que cabe recordar que en una de sus hipótesis operativas apostaba por su posicionamiento defendiendo el estuario del Támesis, como la posición que presentó en batalla el grueso de las fuerzas navales inglesas, constantemente a poniente a fin de barloventear a la Gran Armada, a largo plazo le llevaría a una situación de inferioridad táctica. En el primer caso, el combate en un espacio reducido conllevaría la superioridad española, visto el superior potencial de su infantería embarcada, mientras que en la segunda las opciones, para poder atacar el paso del ejército de Flandes no eran mucho mayores frente a una pantalla de las unidades de Medina Sidonia. Contando con la mejor de las opciones tácticas de las que los ingleses podrían disfrutar, el ataque con viento favorable, el panorama no era muy esperanzador, ya que forzosamente las naves de lord Howard debían poner fuera de combate a las unidades que defendían la pantalla que daba cobertura a la flotilla de naves fluviales que transportaba al ejército de Flandes (28). Si se analiza como elemento adicional la experiencia de los combates que se dieron en el canal de la Mancha, en los que la efectividad inglesa fue mínima, se aprecia hasta qué punto la situación se podía haber enmarañado para los ingleses.

El tiempo del trueno

Parafraseando el apocalíptico sueño premonitorio de Lucrecia de León sobre la suerte de la Gran Armada, la peculiar actuación regia había preparado una caja de truenos que de haberse desatado habría afectado seriamente el buen funcionamiento de la cadena jerárquica (29). Ya en un anterior trabajo me he referido a Alonso Martínez de Leiva como el hombre para todo de la Armada. Aunque no ostentaba mando orgánico alguno del componente naval ni del terrestre —pues no sólo no era capitán general, sino que ni siquiera era almirante de ninguna escuadra, y tampoco jefe de tercio alguno, el poder de Leiva era casi omnímodo, pues de hecho era el segundo jefe de la Armada y

(27) FERNÁNDEZ DURO: *opere citato*, documento 140.

(28) Sobre la flotilla que debía transportar al ejército de Flandes, *vide* RIAÑO LOZANO, Fernando: *Los medios navales de Alejandro Farnesio*, Madrid, Editorial Naval, 1989.

(29) Sobre la figura de esta vidente me remito a la fascinante obra de KAGAN, Richard L.: *Los sueños de Lucrecia. Política y profecía en la España del siglo XVI*, Madrid, Nerea, 1991, *passim*.

por orden directa del rey máximo responsable del asalto anfibio (30). Sobre este último punto, en una instrucción secreta salida del despacho real se manifiesta que «es mi voluntad que cuando saltare la gente a tierra, la saque, tenga y lleve a su cargo don Alonso de Leyva [*sic*], mi capitán general de la caballería ligera de Milán, hasta entregarla al duque [de Parma, Alejandro Farnesio]» (31).

Las lecturas de este documento son jugosísimas. Primeramente, se corrobora una vez más que los tercios de la Gran Armada eran el puño anfibio de la invasión, la primera oleada de tropas que debía asegurar la cabeza de puente para el paso sucesivo del Ejército de Flandes al mando de Alejandro Farnesio. Por otro lado, el hecho de que se aluda a Leiva como capitán general de la caballería ligera de Milán es indicativo de lo dicho sobre su rango orgánico en la Gran Armada. Si Juan Martínez de Recalde fue el gran perjudicado por lo que se refiere a la reestructuración de hecho de la cadena de mando naval, el gran perjudicado de la veleidat filipina relativa al mando del asalto anfibio fue el maestro de campo general don Francisco de Bobadilla. Objetivamente, Felipe II no tenía razones para desplazarlo del mando. Puede afirmarse sin duda alguna que Bobadilla era el máximo experto en guerra anfibia. Su referente más lejano era el asalto de Middleburg y más recientemente había destacado en la campaña de las Azores y, sobre todo, en la toma de la Tercera, donde lideró exitosamente un tercio (32).

Si la figura de Leiva era un injerto en la cadena jerárquica que sin duda creó malestar, realmente la decisión filipina abría la posibilidad a una serie de riesgos difíciles de asumir y que podrían haber arrastrado a la Gran Armada a su colapso operativo. Ya se ha planteado que una de las opciones previstas es que la marina inglesa intentara bloquear el estuario del Támesis. En el supuesto de que las fuerzas al mando de Leiva desembarcaran y en ese momento Medina Sidonia, como resultado del combate, fuera baja, la más surrealista anarquía se habría apoderado de las filas españolas. ¿Cómo se pensaba advertir a Leiva de que debía asumir el mando? ¿Qué habría sucedido ante esa indecisión momentánea? Pero la situación en tierra abre además otros interrogantes. ¿Sería factible su embarque? ¿De qué manera se transmitiría a Bobadilla que debía asumir el mando? Parece evidente que incluso una solución positiva a todo este cúmulo de situaciones había supuesto un serio embarazo para una dirección continuada y eficaz de las operaciones.

¿Flavit et dissipati sunt?

Con la interrogación sobre el texto de una célebre medalla inglesa conmemorativa del fiasco hispano quiero introducir las conclusiones de este trabajo (33). Esta invitación a un fracaso coyuntural, condicionado por las adversidades meteorológicas, debe ser en buena medida reconducida a partir del análisis de factores estructurales, algunos de ellos ajenos a las complejidades de la guerra anfibia.

Ha quedado demostrado cómo el plan de campaña fue sometido a un proceso de maduración intelectual en el que existió una profunda raíz cultural que se adecuó a los imperativos del momento. Otro de los objetivos que este trabajo ha pretendido alcanzar es que no tanto el plan, sino su más que deficiente ejecución aderezada con una manifiesta insubordinación, fue un factor que no sólo en modo alguno ayudó a solventar los problemas operativos, sino que además fue un elemento determinante en que la Empresa de Inglaterra se diluyera.

Como reto de futuro, uno de los elementos que creo hay que hacer entrar en liza es el hecho que los dos líderes más importantes de la Empresa, Medina Sidonia y Farnesio, no tuvieron una participación nada destacable en la confección del plan de operaciones. Tan es así, que como causa del fracaso de la empresa la propuesta de este último de desembarcar en Gales fue desoída por el Rey. Aunque una adecuada valoración de este tema excede de las pretensiones de este trabajo, parece evidente que la muerte tanto de Alba como de Santa Cruz, las cuales sí tuvieron una directa influencia sobre la cuestión, es un factor que cabe empezar a tener en cuenta en mayor medida.

(33) Dicha pieza numismática aparece en MARTIN y PARKER: *op. cit.*, p. 14.